

# **Discurso del Card. Omella en la apertura de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española**

**(Texto íntegro)**

## **Saludo inicial**

Queridos cardenales, arzobispos, obispos, querido Sr. Nuncio de Su Santidad en España, personal de la Casa de la Iglesia, periodistas, hermanos y hermanas que estáis escuchando o leyendo este discurso.

### **1. Otra mirada de la realidad desde la esperanza cristiana**

Todos somos muy conscientes de la dura realidad que nos rodea. Estamos atravesando tiempos difíciles, y no hay razón para ocultarlo. La situación actual nos desafía. Las dificultades son reales, y sé que todos nosotros las sentimos.

Nos reunimos en un momento concreto de nuestra historia. Un momento marcado por la guerra, la polarización y la crisis económica, social y política en nuestro país. Es tiempo de afrontar la realidad con valentía y determinación. Dos inesperados y atroces conflictos bélicos asolan nuestro mundo occidental. Por otra parte, la crisis social, política y económica está generando una niebla de desesperanza en los hermanos más jóvenes (1). No podemos dejar de mirar a los más de 11 millones de personas que en España viven en situación de exclusión social, o los casi 5 millones, mayormente adolescentes y jóvenes, que se sienten solos (2). Tampoco hay que olvidar los millones de migrantes que abandonan sus países por la imposibilidad de una vida digna; muchos de los cuales acaban siendo víctimas de las mafias. Y, por si fuera poco, asistimos con dolor a la polarización política que se está produciendo en nuestro país.

Los cristianos estamos llamados a mirar el futuro con realismo y, sobre todo, con esperanza. Nosotros, que creemos en Jesucristo resucitado (3), sabemos que no estamos solos, creemos que Cristo camina a nuestro lado en medio de todas las vicisitudes de la historia personal y global. Él lo ha dejado muy claro: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20). No estamos solos ni abandonados a nuestra suerte. Dejemos pues que la promesa de Jesucristo, «No estáis solos», nos llene de esperanza y nos motive a vivir con valentía y compasión.

Ante la situación desafiante y compleja que viven nuestro país y el mundo, Jesucristo nos aconseja: «Sed astutos como serpientes y sencillos como palomas» (Mt 10,16). La astucia de la serpiente no se refiere a la malicia o la maldad, sino a la prudencia y la sabiduría. Cristo nos está llamando a ser inteligentes y perspicaces en la forma en que abordamos los desafíos del momento. Nos insta a ser cautelosos y conscientes de nuestro entorno, a comprender las complejidades de la vida y a tomar decisiones informadas.

Al mismo tiempo, la llamada a ser sencillos como palomas nos recuerda la importancia de la pureza de corazón y la honestidad en nuestras acciones. Cristo nos invita a mantenernos arraigados en la verdad y a vivir con transparencia y autenticidad. La sencillez no implica debilidad, sino más bien la fortaleza de permanecer fieles a nuestros valores y principios, incluso en medio de las adversidades.

Que nuestra astucia o prudencia —que no ha de ser entendida como equidistancia— esté dirigida a construir puentes en lugar de muros, a sanar en lugar de herir. Y que nuestra sencillez sea un faro de luz en un mundo que a menudo se enreda en la complejidad.

En este tiempo de división y polarización social, invito de corazón a todo el pueblo de Dios a que permanezcamos más unidos que nunca. Jesucristo nos enseña que cuando estamos divididos, perdemos fuerza. La división socava la armonía, debilita la resistencia y dificulta la consecución de metas comunes. En cambio, cuando nos decidimos a trabajar unidos bajo la guía del Espíritu Santo, cuando potenciamos lo bueno que el otro sugiere, cuando descubrimos que el Señor puede hablar por medio del otro, entonces aflora esa sabiduría que puede ser luz y esperanza para el mundo.

Nos enfrentamos a desafíos significativos, y la única manera de superarlos es trabajando juntos como un solo cuerpo, una única voz. Una llamada a la unidad que no significa la ausencia de discrepancias, sino la voluntad de abordar esas diferencias con respeto y empatía, buscando siempre el bien común.

Vivimos en una sociedad multicultural y compleja en la que los cristianos podemos aportar nuestra identidad y riqueza. Jesús vino al

mundo en una sociedad muy variopinta con multitud de grupos diversos. Esta fue también la experiencia de los cristianos de los primeros siglos, gentes sencillas, hombres y mujeres. Ellos, viviendo en medio del mundo, testimoniaban, como queda recogido en la Carta a Diogneto, un modo de ser que los hacía atractivos. Y no por mérito propio alguno ni por superioridad intelectual, sino porque cultivaban esa relación personal y comunitaria con Jesucristo que iba transformando sus vidas, su mirada, sus palabras, e iba dejando aflorar una alegría profunda y confiada en el corazón. El mundo necesita que testimoniemos la ganancia humana y existencial que supone mirar la realidad desde la fe. La verdad no necesita más que la misma belleza del amor para cautivar el corazón del ser humano.

Dejémonos, pues, transformar por Jesucristo. Este es el gran regalo que podemos y debemos ofrecer a nuestro mundo. Jesús no solo responde a las necesidades profundas del ser humano, sino que además es el único capaz de liberarlo de tantas esclavitudes y de abrirlo a la esperanza que solo él puede dar (4).

Hoy vemos esta misma actitud en el papa Francisco, que habla con gran realismo de la situación que estamos viviendo: tercera guerra mundial a pedazos, tráfico de armas, violencia, descarte de personas, migraciones forzadas, hambre, corrupción, injusticias de todo tipo, etc. A pesar de todo ello, el papa se ha convertido en un dirigente mundialmente reconocido por ofrecer una mirada nueva de la realidad, que emerge de la esperanza cristiana.

Consciente de todo ello, el papa Francisco nos ha invitado a prepararnos para participar activamente en el Jubileo Ordinario del 2025, que tiene como lema: «Peregrinos de la Esperanza». El papa nos llama a fortalecer en nosotros las virtudes teologales y pide «que este Año Santo se prepare y se celebre con fe intensa, esperanza viva y caridad operante» (5). Tras el año dedicado a la reflexión sobre los documentos y al estudio de los frutos del Concilio Vaticano II, el 2024 será el Año de la Oración, siguiendo la propuesta del papa Francisco. En el marco de la preparación del Jubileo, se invita a las diócesis a promover la centralidad en la oración individual y comunitaria.

Esta mirada nueva que nace de la esperanza cristiana hace que, como ya os decía en el discurso inaugural de la asamblea

plenaria del pasado mes de abril, los obispos con diócesis ubicadas en zonas urbanas sigamos observando con esperanza el creciente anhelo de Dios en nuestros coetáneos. El Espíritu Santo trabaja despertando en muchos jóvenes y adultos el deseo de encontrarse con Cristo, formar parte de la Iglesia y participar en los sacramentos, para encontrar en ellos la paz, el sosiego y la fuerza espiritual necesarios en sus vidas. Y, además, descubrimos con enorme alegría cómo el Espíritu impulsa en los laicos un deseo ardiente de anunciar a Jesucristo y su Evangelio (6).

## **2. Una experiencia esperanzadora: el Sínodo**

Un primer signo de esperanza es la experiencia vivida durante la primera de las dos sesiones de la XVI Asamblea General del Sínodo de los Obispos que, como sabéis, tiene como tema: «Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión».

El Sínodo, como ha reiterado el papa, no es una asamblea parlamentaria. No hemos razonado en función de mayorías y minorías. Este Sínodo es la invitación a recuperar un modo de ser y de vivir la Iglesia, en el que el objetivo es alcanzar un consenso construido entre todos a partir de la escucha de unos y otros bajo la guía del Espíritu Santo. Lo bello ha sido que hemos hecho un esfuerzo para superar la tentación de ir a la defensiva o a la impositiva, y nos hemos esforzado en escuchar con atención al que habla, poniendo especial atención a la voz interior y a las mociones que suscita el Espíritu Santo. Más que tratar de imponer lo que uno consideraba de antemano, se ha tratado de un ejercicio precioso de escucha espiritual para discernir cuándo y de qué modo nos hablaba el Espíritu a través de cada uno de nosotros. Hemos hecho la experiencia de que el Espíritu Santo baja sobre el pueblo santo de Dios cuando es invocado por la comunidad con humildad y fe.

Un signo de todo ello ha sido la disposición del aula sinodal donde los participantes nos sentábamos en mesas redondas, lo que favorecía la escucha y el diálogo sincero, de igual a igual, de bautizado a bautizado. Se han vivido los primeros capítulos de la *Lumen gentium*, la constitución dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II, y la encíclica *Ecclesiam suam*, del papa Pablo VI, sobre el diálogo.

La razón última de este Sínodo es la confianza depositada en el Espíritu Santo que anima a la Iglesia. Toma más valor que nunca la fórmula «el

Espíritu Santo y nosotros» (Hch 15,28) que caracterizó el primer sínodo de la historia de la Iglesia, el conocido como Concilio de Jerusalén.

Está siendo precioso darnos cuenta de que, en último término, la sinodalidad no es un fin en sí mismo, sino un medio, un modo de ser Iglesia que recupere su vigor evangelizador, que llegue a todos los rincones y grupos del mundo. La comunión es el gran signo que el mundo espera, la condición necesaria para que el mundo acoja el anuncio de Cristo que lleva a cabo la Iglesia. El Espíritu Santo es el autor de la unidad en la Iglesia, una unidad que es armonía entre acentos distintos que hacen posible una sinfonía (7).

La Relación de síntesis de esta primera sesión de la Asamblea Sinodal concluye con una frase de Jesús contenida en el Evangelio de Marcos (Mc 4,30): «¿Con qué podemos comparar el reino de Dios? ¿Qué parábola usaremos?». Esta pregunta del Señor ilumina y orienta el trabajo que ahora tenemos por delante hasta la segunda sesión prevista para octubre de 2024. No se trata de dispersarnos en muchos frentes. Se trata más bien de captar, entre las muchas palabras y propuestas de la Relación de síntesis, lo que aparece como una pequeña semilla, pero llena de futuro, e imaginar cómo entregarla a la tierra que la hará madurar para la vida de muchos.

### **3. Una juventud entusiasta con otro modo de ver la vida**

Otra gran invitación a la esperanza ha sido la participación de más un millón y medio de jóvenes en la JMJ celebrada el pasado mes de agosto en Lisboa (Portugal). Pasan los años y las JMJ siguen siendo el encuentro mundial que más jóvenes es capaz de convocar. No lo podemos pasar por alto y debemos agradecer a Dios que su Espíritu siga movilizándolo el corazón de tantos y tantos jóvenes en un contexto de «aparente» secularismo.

En el encuentro que hemos tenido los obispos con los jóvenes participantes en la JMJ de Lisboa percibimos tres cosas: el entusiasmo, la esperanza y las ganas de servir a la humanidad que habitan en todos ellos. Y la razón de todo ello no está en un trabajo de mentalización, ni tampoco por la presencia del papa, sino en el encuentro que han tenido y tienen con Jesucristo en el seno de la Iglesia. En esa Iglesia que, como nos recordaba el papa Francisco, es esa gran familia en la que caben todos, en la que

nadie queda excluido, pero a la que hay que entrar libremente y hacerlo con el traje de fiesta (cf. Mt 22,1-14).

Ojalá sepamos renovar nuestras estructuras de modo que seamos capaces de acoger a esta juventud desorientada y sedienta en nuestras parroquias, movimientos, colegios, universidades, hospitales, centros de Cáritas y demás instituciones, ofreciendo:

1. Espacios de escucha atenta, orientación psicológica y acompañamiento espiritual para jóvenes. Sería maravilloso que pudiéramos contar con un espacio de estos en cada arciprestazgo o zona pastoral en colaboración con los demás centros e instituciones de la Iglesia.
2. Espacios donde se proponga una educación afectiva que ayude a mostrar la belleza y riqueza de la sexualidad humana enmarcada en el amor y la vida.
3. Y que en dichos espacios se ofrezca, y nunca se imponga, la persona de Jesucristo resucitado, proponiendo el encuentro con él en la oración (8).

#### **4. Educar en la esperanza a niños, adolescentes y jóvenes**

La educación y formación de los niños, adolescentes y jóvenes es un gran reto y enorme preocupación en nuestra sociedad. Afortunadamente, la educación y formación ya no es un lujo de unos pocos, sino que está al alcance de todos y además no tiene edad.

Sin embargo, observamos con tristeza que en el ámbito educativo hay todavía muchas sombras. Crecen los problemas de disciplina ya en edades tempranas, muchos educadores han perdido autoridad en el aula. El abandono escolar (9) pone de relieve que una parte de la juventud se está quedando al margen, pierde el ánimo por el futuro, renuncia a la cultura del esfuerzo y sucumbe a un hedonismo que les va esclavizando. Hoy nuestros niños, adolescentes y jóvenes viven en una sociedad hipersexualizada, enganchada a las redes y con brotes de violencia (bullying o abusos sexuales) que responden a una apatía, desánimo y falta de sentido. Además, pese a las facilidades para el estudio y el acceso a las nuevas tecnologías, se detecta a menudo un descenso en el nivel de conocimientos de los alumnos. ¿Son las pantallas la panacea de la educación o más bien la están perjudicando?

Algo falla en nuestro sistema educativo cuando nuestro número de universitarios en paro (8,6%) es el doble de la media de la Unión Europea y tenemos el récord de licenciados y graduados empleados en puestos de baja cualificación (36%). Y todo ello coronado por las tasas de paro juvenil más elevadas de la OCDE (10).

Desde la Iglesia consideramos que hemos de educar a nuestros jóvenes para vivir la felicidad propuesta por Jesús en el Evangelio. Mostrarles qué es la felicidad y en qué consiste. Hacerles ver que la auténtica felicidad que ofrece Cristo no es la satisfacción de las apetencias y placeres. Enseñarles que la felicidad es un camino exigente, que implica esfuerzo y renunciaciones, pero que colma nuestro corazón de vida y de sentido. No podemos engañarles con sucedáneos. La felicidad en mayúsculas pasa por el amor y no por la pornografía, por el servicio y no por el esperar a que lo hagan los demás, por la entrega y no por el vivir para uno mismo, por la amistad sincera y no por el utilizar a las personas para mi bien, por buscar el bien del otro y no por excluir al que no piensa como yo, por cuidar del más frágil en lugar de burlarse de él (bullying) o dejarlo solo para que se muera de pena, por descubrir la verdadera vocación y no por elegir en función del dinero. Enseñarles que uno no puede ser feliz al margen del otro. Que mi felicidad crece en la medida que avanza la de los que me rodean.

Tenemos un inmenso reto con la educación afectiva y sexual de los niños, adolescentes y jóvenes. Ante el incremento de los embarazos no deseados (11), del número de conductas sexuales inapropiadas y agresiones entre menores en colegios e institutos, así como la adicción y el acceso a la pornografía cada vez a una edad más infantil (12), parece evidente que nuestro país no ha acertado en el modelo educativo en materia afectivo-sexual.

La Iglesia apuesta por una educación afectivo-sexual que enseñe que la sexualidad es bella —y no violenta— pero que necesita cumplir unas condiciones para que edifique a la persona y no la destruya. Es necesario enseñar a vivir todo con responsabilidad, también la sexualidad. La unión sexual entre un hombre y una mujer es un acto que puede ser fuente de una nueva vida y, por lo tanto, es necesario educar a los jóvenes a actuar por amor y teniendo en cuenta si pueden o no asumir la responsabilidad de sus actos, esto es, de si pueden o no acoger dignamente a un bebé. Educar en la responsabilidad es saber decir no a tener una relación si no

se puede acoger la vida que podría llegar. Educar en la responsabilidad sexual no es el aborto, sino presentar la bellísima relación que tienen la sexualidad, el amor y la vida. Educar es aprender a saber esperar y, si uno no ha sido capaz, enseñar a asumir siempre las consecuencias de los actos, como sucede en todos los ámbitos de la vida. Es crucial dar el valor que corresponde a la sexualidad humana.

Educar en los afectos es enseñar al adolescente y al joven a identificar los distintos instintos e impulsos que experimenta, a conocerlos, y a aprender a integrarlos sin necesidad de tener que seguirlos, como sucede con tantos otros impulsos como la ira, la gula, la envidia, el deseo de robar, etc.

Conscientes de los inmensos retos que presenta la misión educativa en nuestro país, el pasado mes de septiembre de 2023, desde la CEE propusimos, a toda la comunidad educativa en la que la Iglesia se encuentra presente, iniciar un proceso de encuentro, escucha mutua y participación. Durante el pasado mes de octubre se convocaron diversos encuentros (13) en torno a nueve grandes ámbitos educativos en los que la Iglesia está presente y ofrece su servicio al bien común (14).

Con todo el material recogido en cada ámbito, se preparará el congreso «La Iglesia en la Educación» que está previsto que se celebre en Madrid el 24 de febrero de 2024. Tenemos la esperanza de que este Congreso, construido entre todos siguiendo el estilo sinodal, sirva para: tomar conciencia de la real presencia educativa de la Iglesia en nuestra sociedad, potenciar nuestro trabajo en red, renovar nuestro compromiso con esta importante misión y compartir con la sociedad las riquezas y posibilidades que ofrece nuestra experiencia ante los desafíos que afronta la educación.

## **5. La acción de la Iglesia ante los abusos sexuales**

Recientemente, hemos conocido un Informe detallado, elaborado por el Defensor del Pueblo, sobre casos de abusos a menores en nuestra Iglesia que nos ha llenado de tristeza. De ninguna manera, pretendemos buscar excusas o justificaciones para eludir cualquier responsabilidad que pueda correspondernos como Institución. Con franqueza y sin rodeos, manifestamos que entendemos y valoramos completamente el daño causado. Como en otras ocasiones, queremos expresar sin ambages la vergüenza y la pesadumbre que causa en nosotros esta realidad que traiciona el mensaje del Evangelio. Estos



actos son incompatibles con los valores fundamentales de nuestra fe en Cristo, pues contradicen el amor, la compasión y el respeto que él nos enseñó.

Nuevamente pedimos perdón a todas las personas que han sufrido debido a estas execrables acciones, especialmente a las víctimas y sus familias. No hay palabras suficientes para expresar cuánto lamentamos su dolor, así como la traición cometida por parte de algunos miembros de nuestras comunidades.

Permanentemente, y desde hace ya tiempo, estamos endureciendo y revisando todos nuestros protocolos de seguridad y formación, así como colaborando estrechamente con las autoridades civiles para garantizar que los responsables de esta clase de actos sean llevados ante la justicia.

En este sentido, instamos a cualquier persona que haya sufrido abusos a que se acerque a los organismos correspondientes en cada diócesis. Nos mostramos plenamente dispuestos a escuchar, apoyar, reparar y ofrecer la ayuda que necesiten para sanar las heridas.

La crisis que hemos vivido ha servido a la Iglesia para identificarse como la entidad más comprometida y con más experiencia de la sociedad española para acabar con esta lacra social (15). Son muchos los servicios de atención a las víctimas y los protocolos adoptados con tal fin.

Observamos con mucha esperanza el camino que está haciendo la Iglesia para evitar que puedan producirse nuevos abusos sexuales en el futuro (16). Y, en el caso de que alguno se pudiera producir, sepamos reaccionar con rapidez y eficacia (17). Seguimos decididos a trabajar juntos para construir una Iglesia más justa, segura y compasiva, donde cada persona sea amada, valorada y respetada.

Este es un drama que afecta a uno de cada cinco niños en Europa. La mayoría de los abusadores son familiares o personas cercanas a la víctima. Ello provoca que apenas se produzcan denuncias ante el miedo a que un pariente pueda acabar en la cárcel.

Para la elaboración del citado informe del Defensor del Pueblo, la Iglesia ha colaborado aportando toda la información de la que disponía. En la reunión extraordinaria de la Asamblea Plenaria del pasado 30 de octubre, los obispos valoramos de manera especial el doloroso testimonio recogido de las víctimas. También consideramos valiosas las recomendaciones propuestas.

Pero, al mismo tiempo, nos sentimos obligados a manifestar el dolor y el malestar que hemos sufrido ante la difamación pública causada por una intencionada y errónea extrapolación (18), realizada por algunos medios de comunicación, a partir de un dato de una encuesta llevada a cabo por la firma GAD3 y publicada en el Informe del Defensor del Pueblo. Expresamos nuestra intensa decepción por la citada extrapolación y por la dudosa fiabilidad de los resultados presentados de dicha encuesta. Dicha infundada e intencionada extrapolación condujo a algunos medios de comunicación a la exorbitante afirmación de que en España hay casi medio millón de abusados por ministros ordenados y consagrados de la Iglesia; cuando lo único cierto y contrastado es que el Defensor del Pueblo ha recogido 373 testimonios que se refieren a 487 víctimas. Una extrapolación que el Defensor del Pueblo en reiteradas ocasiones afirmó que no se podía hacer y que muchos técnicos así lo han confirmado durante las últimas semanas.

¿Qué finalidad hay detrás de este disparate? Es especialmente preocupante para nosotros que esto haya generado una imagen perjudicial de nuestra misión en general (19). Es injusto que se les atribuya el mal causado por una minoría. Dicha situación es inaceptable y exige una revisión exhaustiva e imparcial de los datos, para corregir cualquier sesgo que pueda haber sido extrapolado de manera maliciosa.

Hemos revisado la información sobre la referida encuesta que aporta el Defensor del Pueblo en su informe y, francamente, nos resulta imposible confiar en la veracidad y fiabilidad de tales resultados (20).

A pesar de todo ello, queremos mirar al futuro con esperanza. Nuestros sacerdotes, diáconos, religiosos, misioneros y laicos trabajan y se entregan cada día, ayudando, guiando, consolando y cumpliendo con una misión tan importante y necesaria, aunque sea poco reconocida en nuestros tiempos.

Una vez más, reiteramos que nuestra lucha contra toda clase de abusos debe continuar sin cesar. Pero, al mismo tiempo, afirmamos que permanecen intactas nuestra estima y consideración hacia los sacerdotes y religiosos de nuestra Iglesia. Los obispos queremos ofrecer nuestro apoyo a todos ellos. Y aprovechamos esta ocasión para hacer un llamamiento a los fieles católicos animándolos a que les muestren su aprecio y confianza. Seamos justos y no juzguemos precipitadamente. Recordemos el mandato de nuestro Señor a no juzgar con ligereza.

## **6. Ofrecer una mirada esperanzada ante las migraciones**

La movilidad humana es una opción de vida para algunos, pero desgraciadamente para muchos es una necesidad imperiosa. Los movimientos migratorios han transformado y están transformando la realidad de nuestro país y del mundo entero.

En 2023 la población de origen extranjero residente en España asciende a 7.5 millones de personas, cerca del 15% de la población total del país. A esta cifra deberíamos añadir los más de dos millones de jóvenes y niños de la segunda generación de migrantes que, si bien han nacido en nuestro país y son plenamente españoles, sociológicamente están a caballo entre el origen migrado de sus padres y sus contemporáneos nacionales. Con ello, una de cada cinco personas residentes en España tiene origen foráneo. Este hecho, bienvenido y necesario, ha transformado la sociedad española y, con ella, nuestras diócesis, parroquias, y comunidades eclesiales (21). Todo ello demuestra que somos una tierra de acogida.

Un hecho que afecta a nuestro país es el fenómeno de la inmigración irregular. Es una realidad que, ante la ausencia de canales para una migración segura y regular, la mayoría de los migrantes que llegan a España lo hacen con visados de turistas a través de los aeropuertos. En las diócesis con frontera marítima, además, llegan muchas personas a través de la ruta atlántica y mediterránea. Es una ruta trágica que acaba tantas veces en la muerte, y resulta un destino deplorable cuando no somos capaces de ofrecer posibilidades humanamente aceptables de acogida y posterior integración. Como indicaron los obispos de Canarias y de la Subcomisión de Migraciones en las notas emitidas el 8 de octubre, vuelve a preocupar el incremento de personas que llegan a las costas canarias procedentes de Senegal y otros países africanos. Y preocupan

también las respuestas cortoplacistas de las administraciones públicas española y europea (22).

En su mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado ( JMMR) de este año, «Libres de elegir si migrar o quedarse», el papa Francisco ha propuesto una reflexión de futuro a la comunidad internacional, sugiriendo debatir la inclusión en el ordenamiento jurídico de un derecho todavía no codificado, el «derecho a no emigrar» (23). Es decir, el derecho de toda persona a contar con las condiciones de vida digna, paz, desarrollo integral y futuro en el propio país (24).

Respecto al derecho a migrar, también pasa por hacerlo de forma segura, salvaguardando la dignidad de las personas en movilidad, frenando la acción de las mafias. Actualmente este derecho no está garantizado y, en consecuencia, son muchas las vidas que se pierden y el sufrimiento que se genera a migrantes y refugiados (25).

Esta es la realidad que debemos abordar. Aparentemente supera nuestras capacidades pero, a pesar de ello, queremos seguir aportando nuestro granito de arena para colaborar con las autoridades políticas en la resolución del drama de la inmigración irregular que afecta a tantos hermanos nuestros más pobres y con menos recursos.

A continuación, señalamos algunas iniciativas esperanzadoras que estamos promoviendo o en las que estamos participando desde la CEE:

1. A nivel internacional, la CEE, a través del Departamento de Migraciones, está trabajando junto al Dicasterio del Desarrollo Humano y 23 diócesis de 10 países afectados por la ruta atlántica, en el proyecto Hospitalidad Atlántica (26).
2. A nivel español, la CEE continúa promoviendo la cultura de la hospitalidad y la solidaridad interdiocesana haciendo suyo el proyecto Corredores de Hospitalidad (27).
3. Estos días, el Departamento de Migraciones de la CEE presentará la Guía de recursos de la Iglesia para personas migradas y refugiadas (28).
4. Se está trabajando en el documento «Comunidades acogedoras y misioneras» preparado por el Departamento de Migraciones sobre la identidad y el nuevo marco de la pastoral con migrantes.

5. Apostamos por promover la Mesa del Mundo Rural, una iniciativa que trata de conectar la población migrada con los pueblos y comunidades de la denominada España vaciada.
6. La Iglesia apoya la ILP (Iniciativa Legislativa Popular) actualmente en trámite en el Parlamento, para que se debata una posible regularización de personas migradas, en línea con las seis regularizaciones efectuadas por diversos gobiernos de la nación entre 1985 y 2005.

## **7. Es posible una economía atenta al que sufre**

Las cifras económicas y de empleo (29) no son halagüeñas<sup>30</sup> en España. Emerge un hecho social preocupante: la distancia entre quienes por rentas o salarios altos tienen capacidad de ahorro y aquellos que viven al día. Esta distancia, en vez de disminuir, aumenta. La cohesión social está en riesgo. La mayoría de las familias españolas han perdido poder adquisitivo continuamente desde 2008 (31), un hecho que se ve agravado por la creciente inflación (32). En este contexto, nos sorprende que las administraciones central y autonómicas, a diferencia de otros países, no hayan corregido el efecto de la inflación en el sistema tributario, en beneficio de los ciudadanos que han visto reducido su poder adquisitivo (33).

El riesgo de exclusión social está todavía en niveles superiores a los del inicio de la crisis de 2008, afecta a un 23% de la población y se aprecia un creciente empeoramiento en la situación de los mayores de 65 años. Esto es preocupante porque la precariedad económica tiene un enorme impacto en el futuro de los que hoy son niños. ¿Y qué decir respecto a la pobreza severa, es decir, la de aquellos obligados a vivir con ingresos inferiores al 40% de la renta media? Lamentablemente la pobreza severa está aumentando.

Uno de los temores más grandes de este momento no son las crisis económicas en sí sino, sobre todo, cómo se sale de ellas y las consecuencias que estas pueden dejar. Nos ha de preocupar significativamente el hecho de que, a consecuencia de las crisis, vaya creciendo la desigualdad y la injusticia social, que pueden ser la cuna para populismos y desestabilizar el actual modelo de estado social y democrático de derecho. La democracia es el mejor de los sistemas políticos posibles, pero hay que cuidarla. La democracia enferma cuando se cuelean la corrupción y la mirada cortoplacista de los gobernantes

políticos y de los dirigentes económicos, lo que conlleva que no se aborden los urgentes problemas estructurales. Necesitamos que los partidos políticos mayoritarios, pensando en el bien común, identifiquen los temas de Estado y trabajen unidos para alcanzar acuerdos duraderos para varias legislaturas.

Esta es la dura realidad pero, afortunadamente, hay mucho por hacer. Si nos dejan, queremos colaborar con gobiernos, administraciones públicas, empresas y sindicatos para mejorar la situación. Es exigente, lo sabemos, pero no imposible. En este contexto, desde la CEE presentamos cinco ámbitos o prioridades sobre las que trabajar para avanzar hacia un futuro con más esperanza:

1. Abordar la precariedad laboral desde una perspectiva integral. Para lograrlo, debemos trazar un camino que continúe en la senda de la reducción de la temporalidad en los contratos laborales, facilitando a los trabajadores la seguridad y estabilidad que merecen. Igualmente, es esencial reducir los porcentajes de trabajos a tiempo parcial, permitiendo que más personas accedan a empleos a tiempo completo con todos los beneficios que ello conlleva. En esta lucha contra la precariedad, se debería hacer un esfuerzo por reducir los efectos de la inflación en la ciudadanía y por mejorar los ingresos, especialmente allí donde son más bajos. Es necesario reconocer adecuadamente la contribución de todos los empleos al bienestar general, asegurando una digna retribución para todos ellos (34). Mejorar estos elementos no solo beneficiaría a la clase trabajadora, sino que fortalecería el dinamismo económico y social, y promovería una sociedad más equitativa y próspera.
2. Consolidar y desarrollar un sistema de garantía de ingresos mínimos. Unos ingresos suficientes aseguran una mínima dignidad en la vida de quienes no encuentran trabajo o solo lo pueden desarrollar en condiciones precarias. No hay progreso social si dejamos atrás a un sector importante de la población, incapaz de generar recursos para vivir con suficiente bienestar. Esta garantía de protección debería ser capaz de aliviar a las personas en situación de pobreza severa. Ahora bien, habría que establecer un sistema de control para evitar la picaresca.
3. Mejorar el acceso a una vivienda digna (35). La vivienda es, sin duda, un desafío presente y futuro para nuestra sociedad. Para abordarlo con valentía y determinación necesitamos políticas públicas consistentes y sostenidas en cooperación con el sector privado.

El hecho de contar con una vivienda digna, junto con el acceso al agua, a la energía e internet, es el umbral del acceso a un bienestar básico (36).

4. Garantizar la protección a la infancia y a la familia. La pobreza severa se hereda y es muy difícil salir de ella. El ascensor social desde la parte más baja del edificio no funciona bien. Debemos hacer lo posible para evitar lastrar el futuro de los niños que nacen en las familias más vulnerables. Necesitamos fomentar ayudas, exenciones fiscales y otras medidas en favor de la familia, que favorezcan la conciliación laboral y familiar, colaboren en la crianza de los hijos y promuevan la natalidad, tal como sucede en muchos otros países de Europa.
5. Avanzar en la regularización de las personas migrantes. Ello tendría efectos positivos, tanto económicos, como de una mayor y mejor integración social.

### **Apreciaciones finales**

No puedo concluir este discurso inaugural sin antes hacer unas apreciaciones finales. En primer lugar, pido a los dirigentes políticos y a los líderes sociales y de opinión que pongan todo lo que esté de su mano para bajar el clima de crispación social. Les interpeleo a que trabajen en todo momento en favor del interés general, favoreciendo la comunión y potenciando siempre lo que nos une, lo bueno, lo bello, lo que beneficia al bien común de toda la ciudadanía de este hermoso país.

En segundo lugar, hago un llamamiento al diálogo social entre todas las instituciones de la sociedad española sin cordones sanitarios ni exclusiones. Todos los pactos son lícitos en la medida que respeten el ordenamiento jurídico, el Estado de Derecho, la separación de Poderes de nuestra democracia, aseguren la igualdad de todos los españoles y garanticen el equilibrio político, económico y social que nos hemos dado los españoles en la Constitución de 1978, que culminó el intenso camino de la Transición. Cualquier acuerdo que trate de modificar el statu quo pactado por todos los españoles en la Constitución de 1978 debería contar no solo con el consenso de todas las fuerzas políticas de nuestro arco parlamentario, sino también con el apoyo de una mayoría muy cualificada de la sociedad, como establece la propia Constitución. De no ser así, tales pactos solo conducirán a una mayor división y confrontación entre los españoles. No vale el inmovilismo para frenar cualquier reforma. Pero tampoco valen tentativas reformistas que fragmenten la convivencia en España. La reforma es siempre necesaria, pero ha de respetar los mecanismos legales establecidos para ello, ha de buscar el bien común

de todos y ha de contar siempre con el consenso de la gran mayoría de los ciudadanos.

Confío en que el nuevo presidente del Gobierno de España recientemente investido trabaje activamente con el conjunto de todas las fuerzas políticas para recuperar la cohesión social y dedique todas sus fuerzas a coser las heridas sociales que han provocado algunos de los recientes pactos de investidura. Invito al nuevo Gobierno a trabajar con la mirada puesta a largo plazo, pensando en la España que queremos dejar a las próximas generaciones: un país unido, capaz de enriquecerse con las diferencias culturales y que asegure siempre la igualdad entre todos los ciudadanos.

Finalmente, hago una invitación a la oración intensa por la concordia en nuestro país y por la paz y el fin de las guerras en Ucrania, Tierra Santa y en tantos otros lugares del mundo. Trabajar por la paz implica necesariamente defender la verdad, promover la justicia y proponer, con la ayuda de Dios, la posibilidad del perdón. La guerra no debe tener nunca la última palabra.

Que Santa María Virgen, Reina de la Paz y Estrella de la Evangelización, nos acompañe hoy y siempre, y nos aliente en los trabajos de estos días.



JUAN JOSÉ OMELLA OMELLA

Cardenal-Arzbispo de Barcelona Presidente de la Conferencia Episcopal Española

Nota: el texto que antecede ha sido reproducido en forma íntegra de la siguiente fuente <https://www.conferenciaepiscopal.es/sesion-inaugural-plenaria-noviembre-2023/>